
ROBERTO MUNIZAGA AGUIRRE

Letelier y nuestra tradición pedagógica*

EL Museo Pedagógico de Chile, que tanto valioso esfuerzo ha realizado por rescatar de la muerte y del olvido algunos jirones de lo que fuera *la vida* de la enseñanza en nuestras aulas —y que puede ser un buen instrumento para reconstituir los eslabones de una tradición pedagógica perdida— ha hecho bien en asociarse a la celebración del centenario de don Valentín Letelier cuya obra tiene una jerarquía tan alta en la historia de nuestra cultura y de nuestra enseñanza. Sin embargo, su nombre no es bien conocido de las generaciones nuevas, tal vez porque sus ideas se han vuelto un patrimonio común, sin registro de propiedad intelectual, aun cuando ellas continúan animando, impersonalmente, lo más recio y orgánico de nuestro sistema nacional de educación.

Más de una vez se ha destacado la incómoda situación intelectual en que se encuentran en el mundo de habla española quienes desean meditar en torno a los grandes problemas del hombre y del Universo: su tentativa de reflexión es siempre una primera tentativa, que no prolonga con fruto los datos de una anterior, elaborada ante la misma realidad, por pensadores de la misma lengua, en tal forma que sea posible volver con confianza a cierto patrimonio conceptual y a sus formas solidarias de expresión lingüística. Para muchos europeos que filosofan pensar es siempre volver a un punto de partida propio, como estilo de la reflexión, y como expresión verbal —Descartes para los franceses, Kant para los alemanes, etc.— pero los hombres de habla española, no tenemos hacia dónde volvernos, en el sentido de un

clásico registro de conceptos, macizos y originales, sólidamente elaborados en el propio idioma, que sirvan de jalón, de índice y de medida, para definirnos y reconocernos, para situar con relación a él las modalidades de nuestro pensamiento, sea para la confirmación, la rectificación o los diversos matices de la discrepancia. Sobre todo, nosotros, en nuestros países de Hispanoamérica, carecemos de estas grandes arquitecturas conceptuales, y no hemos sistematizado, tampoco, el saber vulgar, expresado en fórmulas sueltas, y en imágenes concretas, que, si es desordenado e inseguro, tiene el mérito insustituible de ser una primera reflexión directa ante nuestros propios problemas vitales.

La vida de la cultura supone una continuidad y es grave, en lo precario de nuestra situación intelectual, que cuando surgen personalidades como las de LETELIER que han meditado con seriedad y hondura ante los problemas de nuestra sociabilidad chilena e hispanoamericana, dilucidando algunos con maestría clásica, sus producciones permanezcan desconocidas u olvidadas. Ello solo puede explicarse por un *snobismo* de las ideas que es la más segura condición para esterilizar todo verdadero trabajo del pensamiento.

Tal vez pudieran insinuarse observaciones críticas que expliquen y justifiquen la situación anterior: Por una parte, que la posición ideológica de Letelier —el positivismo— es una filosofía anticuada, y, por la otra, hacerse reservas en cuanto a la originalidad de su labor intelectual.

Ambas observaciones son banales e inconsistentes, y, en el fondo, acusan una gran superficialidad de ideas. En primer lugar, ¿hasta qué punto es aceptable la afirmación de que existan filosofías anticuadas? Esto puede ser vá-

* Discurso pronunciado en el homenaje que el Museo Pedagógico de Chile rindió a don Valentín Letelier, con motivo del centenario de su nacimiento.

lido, más bien, para los que visten su espíritu según las modas filosóficas, y para quienes la cultura ha de ser un traje recién confeccionado, según el estilo de algunos sastres. Pero los problemas filosóficos son problemas eternos, cuyos términos no han cambiado desde la antigüedad hasta nuestros días, y toda filosofía es sólo una respuesta, eternamente provisoria, y a cuyas implicaciones existe, en cualquier momento, la posibilidad de volver. ¿No se vuelve hoy día a Platón? ¿No se vuelve a San Agustín? No hay en filosofía, doctrina alguna que pueda considerarse como definitivamente anticuada y muerta. ¿Quién nos dice que mañana no sea posible volver a algunos planteamientos vitales del pensamiento comtiano?

En lo que se refiere a la originalidad de Letelier las observaciones son también inconsistentes. Descansan sobre un falso concepto de lo que es la verdadera originalidad intelectual que entienden como una especie de creación "ex-nihilo", lo cual si ya es inexacto en el dominio de la producción artística que tanto depende de una visión personal e ingenua de las cosas, es totalmente erróneo en lo que se refiere a las ideas científicas y filosóficas. Montaigne, Goethe, Max Scheler —tan profundamente originales— se han burlado en forma reiterada de los que así conciben la originalidad. Letelier, como todo pensador, se ha nutrido con la mejor substancia intelectual de su época y señala sus fuentes con minucia, no por jactancia de erudición, como pudieran insinuarlo algunos espíritus acerbos, sino por un prurito de honradez científica, y para justificar su propia posición ante los doctos: Porque los doctos se habían hecho en él auténtica cultura —saber plenamente digerido y asimilado— mediante el cual pensaba la realidad chilena y americana.

Hace algunos años dije que don Valentín Letelier tenía que mostrarse a las nuevas generaciones de estudiantes como un auténtico clásico de nuestro pensamiento educacional. Su aporte es tan considerable, sobre todo en los órdenes pedagógico y jurídico, que de hacer un balance de lo producido en ellos, durante los últimos cincuenta años, no encontrarían obras que pudieran parangonarse con la *Filosofía de la Educación*

y la *Génesis del Estado*. El juicio que en 1912 formulara el sociólogo español Adolfo Posada continúa, en gran parte, siendo actual: "Acaso no pueda señalarse, en toda la literatura pedagógica suramericana ninguno que lo iguale en información, en abundancia de doctrina, en amplitud de vistas para abarcar, con excelente espíritu crítico, la complejidad de los problemas que entraña la ciencia de la educación". El mismo don Valentín Letelier a pesar de su modestia, alcanzó a tener conciencia del significado y proyecciones de su obra, al registrar que los congresos pedagógicos celebrados en este continente durante los cuatro últimos lustros sancionaron varias de sus tesis fundamentales, y que, según él comenta, "aun cuando algunas de estas doctrinas hayan sido esbozadas, y latamente estudiadas en libros anteriores al mío, no se negará el influjo que la presente ha tenido en su difusión cuando se advierta, por una parte, que no trata de ellas obra alguna pedagógica ante las que, según mis noticias, se han adoptado en América para formar educacionistas y maestros, y cuando se sepa, por otra, que en los discursos y estudios relativos a la educación que de los países hispanoamericanos me llegan, no hay quizás obra pedagógica más citada que la mía".

Lo que constituye la singularidad de Letelier es que, después de las primeras bases colocadas por Bello y Sarmiento, es tal vez el único que ha pensado orgánicamente los diversos problemas educacionales de Chile, moviéndose con una incomparable agilidad y pericia, lo mismo en el dominio de la educación primaria —o aun la de los párvulos: él es uno de los primeros que entre nosotros discurre sobre el espíritu de Froebel y sobre las posibilidades técnicas del kindergarten— que en el de los problemas de la segunda enseñanza, en especial la gran disputa sobre el nuevo significado de las humanidades, o sobre la misión con que debe cumplir la Universidad en los países de Hispanoamérica, o la teoría de nuestra educación pública, etc. No hay aspecto de nuestra realidad educativa, por especializado que sea, que escape a la visión sinóptica del filósofo o a su competencia de hombre del oficio, y este denso, contradictorio y turbio material se clarifica entre sus manos disponién-

dose en un sistema de conceptos austero y elegante que hace posible la comprensión ordenada y una acción inteligente.

Yo creo que él ha pensado nuestros asuntos pedagógicos con mayor amplitud y sistema que don Andrés Bello, porque no ha eludido ninguna de las derivaciones políticas y sociales que se hallaban implícitas en su planteamiento. Es el primero que, adhiriendo a las grandes líneas de una filosofía, establece las bases de una política, y, correlativamente, las de un sistema educacional, en una triple unidad indestructible.

Don Valentín Letelier murió en 1919 cuando recién se cancelaba la primera guerra, pórtico entre dos mundos.

Justamente, a partir de esta fecha se advierte en todas partes, —también entre nosotros— un considerable anhelo de renovación política y social, que no podía dejar de repercutir sobre los sistemas y métodos de enseñanza. La teoría pedagógica renace, con una vitalidad extraordinaria, y la introducción del nuevo punto de vista científico, hace que el campo de la educación se diversifique en un gran número de disciplinas especializadas, sin el contrapeso de una cultura filosófica antiespecialista y totalizadora, que hubiera neutralizado el peligro de los puntos de vista unilaterales. A pesar de cuanto se habla, entonces, de una reforma integral de la enseñanza, no se advierten espíritus universales, como el de Letelier —capaces de abordar en una misma visión sinóptica y coordinada, los detalles y el conjunto del problema educacional de Chile. La educación primaria, por una parte, la secundaria por la otra, y, en seguida la enseñanza universitaria, tienden a gravitar en torno a sí mismas, y, aun cuando se hable teóricamente de la estricta unidad de la función educativa, y hasta se constituyan los cuadros de una Superintendencia, en la realidad, operarán corrientes centrífugas y dispersivas, porque lo que ocurre es que se ha perdido lo fundamental: *la unidad de las inteligencias*. Y ocurrió, entonces, lo que siempre ha acontecido en estos casos: los árboles no dejaron ver el bosque.

Se contrapusieron en la fórmula algo simplista de “escuela vieja y escuela nueva” que, en el fondo, no es sino el drama, siempre repetido, de una sociedad ya hecha y otra que aspira a hacerse,

los dos pensamientos y los dos espíritus. ¿Dos pensamientos? ¿Había verdaderamente entre nosotros *dos* pensamientos pedagógicos? Tal vez fuera más exacto decir que existía uno solo digno de este nombre —el de Letelier— y a su lado una inquieta sensibilidad que no alcanzaba a expresarse en un sólido y firme sistema de conceptos.

Se cortaron así los vínculos que nos unían al pensamiento anterior y se reinauguró, en el orden de la enseñanza pública, este doloroso y antieconómico proceso de nuestra discontinuidad cultural. Es difícil presentar un panorama adecuado de esta época de transición confusa y contradictoria. Lo cierto es que se comenzó a caminar a la deriva, entre una fronda de teorías antagónicas, de contrapuestos sistemas y de realizaciones didácticas de todo género. Hay un ingente fervor, cierta conciencia de una misión intelectual sagrada, es que es altamente valiosa y respetable. Pero el ímpetu de renovación se expresa en un educacionismo algo candoroso que piensa en una reforma integral de la enseñanza sin advertir que ello supone, al mismo tiempo, una reforma integral de la vida. Estalla entre los maestros una simpática pubertad pedagógica, una romántica crisis de crecimiento para las instituciones educativas, todo lo cual se malogrará, finalmente, por la cronicidad de un desequilibrio en el que, roto el orden antiguo, no se alcanza a constituir el orden nuevo.

Si hubiera de esquematizarse la complejidad de la situación podría decirse que ella osciló, entre un *misoneísmo* pedagógico actitud de resistencia a cualquiera clase de innovaciones, repitiendo en forma estereotipada las conductas aprendidas en las escuelas normales o el Instituto Pedagógico de la primera década del siglo, y, por la otra, un *filoneísmo*, afán incontrolado de novedades, búsqueda de las doctrinas más recientes y de los puntos de vista más revolucionarios. Ambas reacciones eran en verdad inadecuadas y expresaban la misma ineptitud para salir al encuentro de lo nuevo con el auxilio de un pensamiento propio. Fue así, como nos evadimos de nuestra realidad educativa, tan bien conceptualizada antes en la obra de Letelier, y comenzamos a flotar en un aire pedagógico in-

ternacional y ausente, de tal manera que nuestro ojo se deshabituó a advertir las características del propio medio nacional, las posibilidades de acción sobre nuestras escuelas, sobre nuestro tipo de alumnos y de maestros: se produjo así una discontinuidad en la evolución educativa y una ruptura con la lógica de nuestro propio pensamiento.

Nada más urgente hoy día que recuperar nuestra verdadera tradición pedagógica a fin de instalarnos con pie seguro en la realidad de las cosas chilenas y americanas. Muchas de las iniciaciones que hoy se logran penosamente deletrando mal traducidas obras extranjeras —escritas, a veces, con un espíritu de lucro— se podrían verificar a través de algunas páginas de Letelier, escritas con sobria elegancia, en excelente castellano, y que nuestros estudiantes, profesores y políticos no consultan, porque lo suponen un autor anticuado. No es así, sin embargo: Letelier hizo un esfuerzo extraordinario por pensar con claridad y consistencia los problemas reales de la educación pública chilena y algunas de sus páginas contienen conclusiones definitivamente logradas.

No es posible meditar con fruto sino a partir de un contacto directo con la propia realidad. Para nosotros, pensar en torno a los grandes problemas de la educación tendrá que ser siempre, en cierto modo, una vuelta a Letelier, —una primera iniciación en Letelier— a fin de confrontar su mirada de hace cincuenta años con nuestra propia mirada de hoy, enriquecida por tantos aportes. El constituye para nosotros, profesores de Chile, un registro de conceptos pedagógicos sólidamente elaborados, en torno a cada uno de los grandes aspectos de la educación. Y si decimos que ha de volverse a Letelier no es para repetirlo pasivamente —porque fué hombre de su tiempo— sino para penetrar en su espíritu, situar y definir con relación a él nuestro pensamiento. Establecer similitudes y discrepancias será una manera de tomar conciencia de nosotros mismos, dejar de movernos en un aire pedagógico internacional y ausente para recuperar la continuidad del gran pensamiento educacional de Chile.

La vida de la cultura no es nunca un nivel definitivamente alcanzado. La cri-

sis, en sus diversos órdenes, tiene que producirse promoviendo una situación transitoria de caos. Pero, es la inteligencia la que introduce el orden en el caos. Y, si hubieran de señalarse los rasgos que definen la obra de Letelier, habría que escribir, antes que nada: *una mente lúcida, una cabeza clara*. ¡Que una atenta relectura de sus páginas tenga la virtud de clarificar nuestros espíritus, entorpecidos con la promoción de tantas ideas confusas—, de rehabitarnos a una disciplina de pensamiento y acción!

I I

DON VALENTIN LETELIER Y EL INSTITUTO PEDAGOGICO *

Don Valentín Letelier ocupa un puesto entre los promotores de la cultura en nuestro país. Su aporte es tan considerable, sobre todo en los órdenes pedagógico y jurídico, que de hacer un balance de lo producido en ellos durante los últimos cincuenta años, no se encontrarían obras que pudieran parangonarse con la *Filosofía de la Educación* y la *Génesis del Estado*. El juicio que Adolfo Posada formulara en 1912 continúa, en gran parte, siendo actual: "... Acaso no pueda señalarse en toda la literatura pedagógica sudamericana ninguno que lo iguale en información, en abundancia de doctrina, en amplitud de vistas para abarcar, con excelente espíritu crítico, la complejidad de los problemas que entraña la ciencia de la educación".

En verdad, don Valentín Letelier tiene ya que mostrarse a las nuevas generaciones de estudiantes como un auténtico clásico de nuestro pensamiento educacional.

Si se hubiera de fijar, en provisorio esquema, algunos de los rasgos que definen la personalidad de Letelier, habría que escribir antes que nada: *una mente lúcida*. En efecto, no hay contorno de nuestra densa realidad política o educacional que a través de su pensamiento no se clarifique en una segura determinación de contenidos: reactivo eficaz sobre

* Prólogo a la reimpresión de los artículos escritos por Valentín Letelier sobre el Instituto Pedagógico.

un líquido turbio. La masa caótica de datos —rebelde materia prima frente a la cual nos desconcertábamos— se organiza dócilmente en un cuerpo lógico austero y elegante en función del cual se obtiene la visión adecuada y se hace ya posible intentar una acción coherente. En todos los dominios que Letelier explora conduce a redactar la fórmula justa y a señalar el procedimiento eficaz. Aún hoy en día es un admirable indicador de ruta para muchos de los caminos que andamos buscando: índice olvidado de soluciones precisas. Es que Letelier poseía de una manera admirable la capacidad para aprehender a un tiempo mismo el conjunto y los detalles de un problema, según el ideal platónico del filósofo. Y se desplazaba entonces, con soberana maestría, desde el plano de la situación concreta, con todo su acompañamiento de menudas raíces, hasta el dominio de los grandes principios básicos que dan sentido a cualquiera realidad. Armado de ellos descendía ahora a manejar el curso ulterior de la experiencia. Justamente, la superioridad de Letelier residía en que era, antes que nada, un filósofo. Y aun cuando —tributó inevitable al espíritu de su época— se cultivó en la atmósfera de Comte, sentimos con frecuencia que su vitalidad intelectual se ahoga en los cauces estrechos del positivismo.

Esta rica substancia conceptual ha encontrado, por lo demás, una forma literaria adecuada a su objeto. El estilo de Letelier es un milagro de precisión, agilidad y sobria elegancia. Nítido en la exposición ordinaria, irresistible en la refutación polémica, sus argumentos galopan en cerrada formación de combate hasta que el diente acerado de los silogismos tritura sin merced las tesis del adversario.

Pero lo que sorprende y fascina en Letelier es que no manifestara una ruptura entre el hombre de pensamiento y el de acción. Su formación jurídica pudiera haber hecho de él una de esas mentalidades deductivas, ágiles para moverse en el plano de los principios en una coherencia lógica puramente formal, pero impotentes para reajustar su instrumental dialéctico a los ambiguos matices de una realidad que cambia. Su formación filosófica pudiera haberlo

conducido a “buscar la paz sobre las alturas” en un terreno de piadosas generalidades y fraseologías edificantes, en el que se elimina cuanto tiene de áspero la consideración de los problemas concretos. No obstante, Letelier se mantuvo adherido a las cosas para interpretarlas y reconstruirlas. En todas las posiciones cultivó el valor intelectual de mirar las realidades cara a cara y hablar siempre un lenguaje claro, nítido, directo. Periodista, sus luchas en defensa de la cultura resuenan aún entre nosotros. Maestro, sus iniciativas prácticas cubren todo el dominio de la educación, desde la escuela primaria hasta la universidad. ¡Nada tan digno de mostrarse a nuestros estudiantes como la figura moral de este Rector de la Universidad de Chile! Jurista, sus dictámenes se singularizaron por un agudo sentido de los hechos. En todos los aspectos Letelier realiza este equilibrio entre el filósofo y el hombre de acción.

Precisamente el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile es una de las construcciones que él delineara con mayor cariño. Los artículos reunidos en este volumen muestran en forma exacta la participación que cupo a don Valentín en la creación del Instituto, único en su género en la América del Sur.

Pero no sólo en su creación sino también en su conservación y en su periódica defensa: el Instituto Pedagógico pertenece al mismo bloque de grandes conquistas legislativas de fines del siglo pasado, básicas en la historia de la cultura liberal de la República.

Los artículos que van a leerse han sido tomados de su obra “*La Lucha por la Cultura*”, la que, por no haber sido reeditada desde 1895, se va haciendo cada vez más difícil de obtener en el mercado. En ellos se encuentran numerosos antecedentes poco conocidos respecto de las circunstancias precisas en que se creó el Instituto Pedagógico. Hay también una serie de datos importantes sobre el benemérito primer cuerpo de profesores contratados para servirlo y las dificultades con que tropezó su obra.

Estos artículos constituyen un testimonio digno de mayor conocimiento para reconstituir la historia de nuestro Instituto. Con esa finalidad se publican. Por lo demás, cualquier escrito de Le-

telier será siempre releído con provecho. Al cumplir cincuenta años de servicio al país y a la América, ninguna voz más autorizada que la de este preclaro Rector de la Universidad de Chile para fijar el sentido del Instituto Pedagógico, en el espíritu de sus fundadores, y destacar, otra vez, su posición en la historia de nuestra cultura.

III

LETELIER Y LA EDUCACION PRIMARIA *

La Escuela Normal Superior "José A. Núñez", a cuya responsabilidad se encuentran entregadas las tareas de formación y perfeccionamiento de los maestros de la primera enseñanza, de tal manera que es cada vez más justo reconocerla como la *Universidad de los profesores primarios de Chile*, no puede eximirse de subrayar con su homenaje el centenario del nacimiento de don Valentín Letelier, a quien nuestra docencia, en general, debe la contribución de tan serias meditaciones.

Ninguna forma de la educación podía ser extraña al gran estudioso que consideró siempre nuestra realidad escolar *orgánicamente*, y cuya mirada sinóptica, propia del verdadero filósofo, supo elevarse por encima del detalle en que se agota la acción de los empíricos, para ver el proceso educativo en su unidad permanente, al servicio de una reconstrucción de la vida nacional. Y así, el mismo pensador que elabora la admirable teoría de la educación universitaria, caracterizando con rasgos que son plenamente actuales la misión de las universidades en Hispanoamérica, es, también, el que hace la filosofía de la educación secundaria, y de la educación primaria, y aún va a ocuparse del problema —todavía no abordado y resuelto entre nosotros— de la educación de nuestros párvulos.

¡Qué singular figura la de don Valentín! Ningún asunto de la enseñanza ha escapado a su lente para ser revisado

* Discurso pronunciado en la Escuela Normal Superior "José Abelardo Núñez" el 16 de Diciembre de 1952.

con microscópica competencia de especialista, y, al mismo tiempo, registrado con visión macroscópica de filósofo. Nadie ha meditado entre nosotros con tanta profundidad y sistema sobre los diversos problemas de la educación nacional. Examinar lo que queda de viviente, entre sus ideas, es empresa que nos tomaría demasiado tiempo. Sólo de dos asuntos quisiéramos ocuparnos en esta oportunidad de centenario: de su filosofía de la enseñanza primaria y de sus ideas sobre la formación de este profesorado.

I.—Hace cien años se discutía con fuerza entre nosotros sobre el sentido, valor y extensión de la enseñanza primaria en relación con las masas populares y con los intereses generales de la sociedad. ¿A quiénes se debe instruir y en qué aspectos de la cultura? ¿A todos los niños o sólo a algunos? ¿Debe admitirse la *universalidad* de la educación primaria o ha de proponérsela como *restringida* y sólo válida para algunos elementos de las clases populares?

La cuestión se había debatido en Europa, en el siglo XVII, en relación con los intereses de una sociedad organizada en clases, según el espíritu de una concepción aristocrática de la vida. El Cardenal Richelieu había escrito en su Testamento Político que "aunque el conocimiento de las letras es eminentemente necesario para un país, lo cierto es que no se necesita enseñarlo a todos. Así como un cuerpo que tuviera ojos por todas partes sería monstruoso, también lo sería un Estado donde todos los ciudadanos fueran instruídos: se encontraría allí menos obediencia y más presunción y orgullo. Si las letras fueran profanadas por todos los tipos de espíritus, uno vería más gente dispuesta a plantear dudas que a resolverlas y muchos dispuestos a oponerse a la verdad antes que a defenderla. Por esta razón en un Estado bien organizado la política requiere, mayor número de maestros de artes mecánicas que maestros de artes liberales para enseñar las letras".

Y el filósofo inglés J. Locke: "El conocimiento y la ciencia, en general, es asunto sólo para los que tienen dinero y tiempo libre".

Son las ideas comunes de la época, a partir del Renacimiento, que se expre-

san, *primero*, en una teoría para la educación del "cortesano", y *después* para la del hombre de mundo, sin preocuparse de las clases populares. El siglo XVIII trae un pensamiento nuevo y él se expresará con audacia y brillo en algunos de los escritores de la Revolución, pero siempre anotaremos, como contrapartida, una abundancia de reflexiones sobre la inconveniencia de distribuir indiscriminadamente el saber, esto es, de universalizar la educación primaria.

Nada de extraño, entonces, que ellas se prolongaran en nuestros ambientes del siglo XIX, cargados de residuos coloniales. Don Enrique Cood, parlamentario, decía en 1857: "Haciendo descender la instrucción sin discernimiento y con excesiva liberalidad hasta las clases inferiores, ella inspirará a los jóvenes que la reciben disgusto por su estado, desprecio por sus iguales, y el envanecimiento de una superioridad engañosa, que les hará mirar con tedio el trabajo manual, el servicio doméstico, y aún el ejercicio de aquellas artes honrosas, pero humildes, que nos proporcionan la satisfacción de las primeras necesidades de la vida". Y don Joaquín Larraín Gandarillas, que sería después Arzobispo de Santiago, en su discurso de 1863, al hacer el elogio de las humanidades clásicas, alude a la educación popular en las siguientes palabras: "No las haría muy accesibles a las clases bajas de la sociedad. ¿Qué gana el país con que los hijos de los campesinos y los artesanos abandonen la condición en que los ha colocado la Providencia para convertirlos las más veces en ociosos pedantes que se avergüenzan de sus padres, que aborrecen su honesto trabajo, y que, colocados en una posición falsa, terminan por aborrecer la sociedad?"

Frente a esta concepción aristocrática de la vida se hallaba la filosofía educacional de los que iban a proponerse construir una mentalidad chilena y americana —la Filosofía de la Ilustración amalgamada después a las grandes líneas de la filosofía positivista— según una profesión de fe democrática, que tiene confianza en la eficacia del saber, que propicia la universalización de la primera enseñanza, en forma tal que nadie se vea excluido de sus beneficios y, por otra parte, la humanización de la

educación primaria la ampliación de sus contenidos en el sentido de que su plan de estudio ha de contener todos los elementos necesarios para la formación intelectual y moral de los hijos de las clases populares. Los grandes campeones de esta filosofía democrática son, entre nosotros, don Domingo F. Sarmiento y, en especial, los hermanos Amunátegui, cuya posición nítida y categórica debe ser siempre subrayada.

Don Valentín Letelier se ubica, decididamente, en esta línea de nuestros grandes educadores democráticos. El va a construir su teoría de la educación primaria subrayando el carácter de la universalidad en cuanto a su clientela y el de la riqueza y humanización de los contenidos en el plan de estudios. "Mientras la instrucción elemental había estado concretada a las materias puramente religiosas —dice— había sido común sentir que debía ser universal, que nadie podía ser excluido, que todos tenían igual derecho al pan de la verdad; y la enseñanza que se daba en las iglesias no hacía distinciones substanciales entre el noble y el plebeyo, entre la mujer y el varón. Pero, desde que ella empezó a comprender materias profanas, las clases serviles se desinteresaron de su estudio, sus directores se empeñaron en dar tintura aristocrática a la educación clásica, y se formó una verdadera escuela que, en nombre de las conveniencias sociales, se propuso mantener en perpetua ignorancia a las clases populares".

Toda su teoría no es sino un vituperio de esta concepción aristocrática que restringe. Porque la educación primaria, según su idea moderna, es el instrumento fundamental para producir una primera convergencia de los espíritus, y no podría existir conciencia verdaderamente nacional, si también los hijos del pueblo no son iniciados por ella en los símbolos capitales de la vida colectiva.

Pero, aún colocándose en un simple punto de vista utilitario, habría que decidirse también a promover la educación del pueblo: "A lo largo de todo nuestro territorio —dice— plano inclinado que baja de las cumbres de la cordillera al nivel del océano, se descuelgan centenares de rápidos torrentes que constituyen una fuerza motriz de fácil aprovechamiento y capaz de dar impul-

so a todas las industrias nacionales. Esta fuerza inconmensurable, riqueza que no tiene precio, se está perdiendo desde el principio de los tiempos, porque a utilizarla prefieren los hombres gastar sus propios esfuerzos y adquirir costosos motores. Pues bien, no es menor la fuerza moral que en cada país se desperdicia cuando no se utiliza la instrucción primaria en esas grandes empresas que a primera vista parecen no poderse realizar sin máquinas especiales, y que consisten en desarrollar el amor al trabajo y a la patria, en difundir el odio al vicio y el respeto a las leyes, en generalizar los hábitos higiénicos y los preceptos de una sana educación, en desvanecer supersticiones, en vulgarizar el arte de aprovechar las fuerzas naturales, etc.”.

En substancia, el filósofo reitera y concluye que “su índole particular hace de la instrucción primaria la instrucción general por excelencia, la que, por realizar más cumplidamente el anhelo de la universalidad, es la más directamente llamada a ligar todos los espíritus por los vínculos de una misma doctrina”.

II.—Examinemos ahora algunas de sus ideas respecto a la formación del magisterio primario.

No sé si a ustedes se les ha dicho alguna vez. Pero debe ser repetido en nombre de la justicia histórica y de cierta obligación de gratitud corporativa: Don Valentín Letelier ha sido, entre nosotros, el gran defensor de la cultura de los profesores primarios, contra las tendencias, periódicamente repetidas a disminuir su condición intelectual y técnica en beneficio de un estrecho practicismo que, en último análisis, los convertiría en simples artesanos de la educación. Vale la pena subrayar que fué un universitario, un espíritu amplio y cordial, aieno a la gravitación de los pequeños intereses creados, sin los pliegues profesionales que inhabilitan y deforman, el que propicia la gran liberación intelectual de los maestros insinuando que se han de abrir las ventanas para que circule el aire pedagógico confinado de las antiguas escuelas normales. Hay que orientarse hacia otros horizontes de cultura más amplios y más libres. Es así como don Valentín Letelier propone, hace más

de cincuenta años, la formación *universitaria* del profesorado de la primera enseñanza, audacia revolucionaria, novedad considerable para su tiempo, aspiración que en parte se cumple en los trabajos de esta Escuela Normal Superior: he aquí un título —si no hubiera otros— para que los maestros primarios pronuncien con veneración el nombre de don Valentín Letelier.

Si la educación es una tarea unitaria, cuya misión consiste en la socialización de las generaciones nuevas, entonces no es posible que quienes trabajan en los distintos sectores de ella, no se encuentren penetrados también de un mismo espíritu. La unidad en lo educativo no habrá de producirse por la creación de organismos exteriores que unifiquen, por decirlo así, *desde afuera* —superintendencias o como quiera llamárselas— si no se ha producido antes la convergencia interior de los que enseñan en la comunión de un mismo espíritu y de una misma doctrina. Por eso él apunta con singular energía: “No hay razón alguna de filosofía para dar una educación universitaria a los profesores y una educación extra-universitaria a los institutores. Si se explica que cada sección del personal docente se forme en instituto separado; si se explica que el profesorado destinado a profundizar la enseñanza general, reciba una preparación más sólida, es realmente injustificable que se rompa la unidad del sistema docente educando en un espíritu a los profesores y en otro a los institutores”. Don Valentín Letelier querría, entonces que “unos y otros sean formados por profesores universitarios y que éstos se hagan superiores a su enseñanza, formándose a sí mismos mediante investigaciones originales y perseverantes. De esta manera se restablecería la unidad de la enseñanza nacional, se borraría la línea desdorsosa que separa a los preceptores de los profesores, la universidad tornaría a ser madre de todo el cuerpo docente y los frutos de esta gran reforma no se harían esperar mucho”.

Es que don Valentín Letelier comprendía la misión del profesorado en su jerarquía exacta, con su fina responsabilidad técnica y sus proyecciones de servicio nacional. Para él los maestros no son simples instructores, ni indus-

triales de una mercadería intelectual que se expende. Su función no consiste en "amoblar" el espíritu de los jóvenes ni en ornamentarlo mediante la adquisición de ciertas habilidades exteriores inconexas (música, baile, recitación, etc.). Los maestros son *educadores*, es decir formadores de la personalidad integral de los alumnos, los que no son tampoco una estructura a base de piezas sueltas que se arman y se desarman —cabeza, corazón y mano— entregadas a las facturas de maestros distintos. El concibe de una manera muy justa la misión del profesorado sobre todo en nuestras sociedades anárquicas de Hispanoamérica: "El deber más trascendental del profesorado en las sociedades cultas es restablecer *la unidad del intelecto*; y no puede acercarse a la realización de este lejano ideal sino recibiendo directa o indirectamente de unas mismas manos, de manos de la universidad, a la vez que la investidura del magisterio, la comunión de una misma verdad".

Don Valentín Letelier murió en 1919. No alcanzó a ver la evolución de sus doctrinas ni fué testigo de la aurora pedagógica que advenía. Pero, formuló con convicción y nitidez sus esperanzas: "En verdad —dice— cuando en un día lejano celebremos un congreso pedagógico cuyos individuos todos se hayan amantado en la universidad nacional, podremos decir con fundamento que vamos en

camino de restablecer la unidad del intelecto, hoy destrozado por la contención de doctrinas contradictorias".

De aquí, entonces, que la educación sea función del Estado para organizar las bases de la vida nacional, y los profesores que enseñan no lo hacen, en verdad, por cuenta propia sino como titulares de una función social que se encarna en el Estado.

Señores: Los aspectos que escuetamente he presentado no bastan para reconstituir la personalidad de don Valentín Letelier ni sus aportes a la filosofía de la educación. Pero, la Escuela Normal Superior "José A. Núñez" que, según lo anotáramos, se ha ganado, por su función y por su obra, el derecho a ser considerada como la gran universidad de los maestros primarios de Chile, reconoce en semejantes aserciones las premisas que han posibilitado su creación y justifican su existencia. Que esta conmemoración de centenario sea una oportunidad para evadirnos del exclusivismo profesional y ubicarnos en un sistema más amplio de pensamiento.

Anhelosos de recuperar nuestra tradición pedagógica, dejamos constancia aquí de una deuda de gratitud al filósofo, al político y al maestro que, junto con rehacer la teoría de la primera enseñanza es, también, el gran defensor de la dignidad y de la cultura de los profesores primarios de Chile.